

## CAPITULO X.

PROHIBE JESUS A SUS DISCÍPULOS SE OPONGAN CIERTO HOMBRE QUE ESPELIA LOS DEMONIOS EN SU NOMBRE, AUNQUE NO ERA DEL NUMERO DE AQUELLOS; LES DA LECCIONES DE MODESTIA Y HUMILDAD Y LES MANDA NO ESCANDALIZEN NI DESPRECIEN A LOS PEQUEÑUELOS, AMENAZANDO CON UN ESPANTOSO CASTIGO A LOS QUE TAL HICIEREN; Y AL FIN PUBLICA SU INFINITA MISERICORDIA CON LAS TRES PARABOLAS DE LA OVEJA Y DE LA DRACMA PERDIDAS, Y DEL HIJO PRÓDIGO.

Tan solapalada es la envidia y tan cautelosamente obra en mil ocasiones, que en todas ellas introduce su pestífero y mortal veneno en el corazón de la criatura con las apariencias de la virtud mas modesta y recatada, y del celo mas ardiente y fervoroso. ¡Desgraciado es seguramente el hombre en cuyo corazón llega á introducirse! Ella será un verdugo cruel que le atosigne, y lo permitirá ver una sola obra buena en su prójimo, sin sentirse desde luego animado del deseo de impediría. ¡Oh! ¡cuántos y cuán grandes males ha

acarreado la envidia en el mundo! Corren parejas la soberbia y la envidia; y si el infierno está poblado de demonios y los hombres no habitan en el paraíso, estos dos monstruos infernales despoblaron el uno y poblaron el otro.

Acababa el Salvador de condenar en sus discípulos el monstruo abominable de la envidia que habia producido el altercado sobre la mayoría en el reino de los cielos, enseñándoles que era detestable este vicio, no solo en ellos, sino en todos los hombres, cuando las mismas doctrinas de Jesús ofrecen á Juan, hijo del Zebedeo, un escrúpulo bastantemente fundado, del que quiso desde luego salir: presentóle con un celo muy modesto la duda que les aquejaba, sin que en ella pudiera traslucirse el menor asomo de aquella detestable peste. Maestro, le dijo; vos ordenais que se reciban y traten como á vos mismo todos aquellos que creen en vos. Con todo eso, ved ahí lo que yo de consuno con otros discípulos vuestros he ejecutado. Nosotros encontramos á un hombre que echaba á los demonios de los cuerpos y libraba á los poseídos con la invocacion de vuestro nombre, y muy expresamente le hemos prohibido que use en adelante de este oficio, absteniéndose de semejante obra, pues que no es de los vuestros; vos no le habeis recibido en vuestra compañía, y no le habeis comunicado como á nosotros el poder de hacer milagros. ¿Hemos hecho bien en esto?

Es innegable que en la candorosa consulta de Juan no parece tener parte la envidia ni otra pasión desarreglada; pero no puede esconderse que por lo menos tuvo en su acción una grande influencia, un celo sobradamente indiscreto y reprehensible; aunque es tambien verdad que al parecer pecaron mas los discípulos por ignorancia que por malicia; y así el Salvador no reprendió abiertamente su celo participativo ó indiscreto, y se contentó con decirles claramente: No os opougais á este hombre ni le impidais ejercitarse en tan provechoso empleo: la libertad que se toma no puede menos de producir algun bien, pues es casi increíble que diga mal de mí después de haber echado á los demonios en mi nombre. Y si es verdadero aquel axioma que dice que está en favor nuestro el que no se declara contra nosotros, en ninguna ocasion se ha de verificar mas que en la presente, en la cual no puede considerarse como neutral el



que así obra, y debéis considerar como amigo á aquel que no solamente no emprende cosa alguna contra vosotros como enemigo, sino que hace lo mismo que vosotros haceis y se vale de los medios que vosotros usais para llegar al mismo fin. ¿Son acaso sus acciones culpables delante de Dios? Si no lo son, ¿por qué las reprobais y condenais? Vosotros debiérais haber tratado á este hombre como yo os quiero que os tratén á vosotros. Bien sabeis que en vuestro favor tengo determinado que cualquiera que os procurare algun socorro, aunque no sea mas que un vaso de agua fria, con tal que lo haga porque sois mis discípulos, no perderá su premio; así que creed tambien que las obras de caridad que hace este hombre serán recompensadas en esta y en la otra vida, aunque ahora no tiene la dicha de estar con nosotros.

Hermosa y bellísima comparacion la que mezcló el Maestro divino en este discurso, para dar á sus discípulos una de las grandes instrucciones para establecer sólidamente su Evangelio todo de caridad y de paz, y extenderle hasta los confines de la tierra; porque esto fué decirles: Si yo pienso tan ventajosamente de aquellos que os honran y os alivian, en vista de la relacion estrecha que yo quiero que tengais conmigo, ¿qué deberé hacer con una persona que sin ser del número de mis apóstoles no deja de respetarme, de invocar mi nombre y de extender mi gloria? Mas aun hay en este mismo negocio otro punto del que es preciso que os hagais bien el cargo. Ese de quien me hablais y al que habeis impuesto prohibicion, como á usurpador del ejercicio de un poder que imaginais os conviene solamente á vosotros, es uno de aquellos pequeñuelos á quien la simplicidad de su fe inspira la confianza y que hacen milagros en mi nombre, porque no se les ofrece á la imaginacion el honrarse con ellos á sí mismos. En lo que les dió á entender que esos eran los hombres á quienes los queria semejantes y á quienes debian temer el escandalizar. Sobre todo, lo que dijo muy oportunamente san Ambrosio [1]: Debían persuadirse los apóstoles que el que recibe á un imitador de Cristo á Cristo recibe, y el que recibe la imagen de Dios á Dios recibe. La reprension pues de Jesús fué mas

[1] Div. Ambrosio in cap. 9 Lucæ.

bien una instruccion muy oportuna; porque Juan obraba por el grande amor que tenia á su Maestro, y así creyó que no debía ejercer de la potestad que ellos tenían el que no gozaba de la dignidad de apóstol ni del obsequio de seguir á Cristo; pero este quiso instruirle en una cosa muy interesante, cual era la de que él era Dios de los fuertes y de los débiles, de los sanos y de los enfermos; y que si premia á los fuertes y robustos que le seguian, no excluía del premio á los flacos y débiles, y que ninguno debía ser alejado á la fuerza del bien á que tenia parte; antes muy al contrario, se le debía animar y provocar para que se acercase confiadamente á participar de él.

Tampoco con este motivo fué menos elocuente y fecundo el venerable Beda que dijo [1]: Aleccionado con esta doctrina el grande apóstol de las gentes de san Pablo, no titubeó en decir: "Se que muchos de mis hermanos en el Señor han cobrado brios con mis cadenas, y con mayor ánimo se atreven á predicar sin miedo la palabra de Dios. Verdad es que hay algunos que predicán á Cristo por espíritu de envidia y como por tema, mientras otros lo hacen con buena intencion; unos por caridad, sabiendo que estoy constituido para defensa del Evangelio. Otros al contrario, por celos y tema contra mí, anuncian á Cristo con intencion torcida, imaginándose agravar el peso de mis cadenas. ¿Mas qué importa? Con tal que de cualquier modo Cristo sea anunciado, bien sea por algun aparente pretexto ó bien por un verdadero celo, en esto me gozo y me gozaré siempre [2].". Por lo que añadió aquel: Se nos está prohibido detestar todos aquellos que no siguen á Cristo, pues por todos nos enseñó y mandó que rogásemos, porque puede ser que un día se conviertan como Pablo y sean otros tantos predicadores del Evangelio y anunciadores de las glorias de Jesús. Si los malos pues hacen alguna buena obra, no se les ha de prohibir que la hagan, aunque ella no sea meritoria por estar hecha por la caridad, porque es al menos dispositiva para la enmienda de la vida. ¡Oh! ¿Cuántos convites nos hace el Señor para que entremos en el camino de la humildad, como la virtud mas propia de los cristianos; y

[2] Ven Bed. in cap. 9 Lucæ.

[1] Div. Paul. ad Phillip. cap. 1, vs. 14 et seqba.



sin embargo resistimos venir á ella hasta la hora, viviendo ensobrecidos, aunque por la soberbia nos hagamos peores que los demonios!

Además de todo eso les hizo saber el Señor, que así como no hay obra buena sin recompensa, así no la hay mala sin castigo; y que las leyes que ordenan penas por las faltas menores, las prescriben mas rigurosas cuanto los delitos fueron mayores, como los públicos y capaces de escandalizar á las almas flacas; porque como dice san Crisóstomo [2]: Así como los que honran y edifican á los pequeñuelos por Dios tendrán paga, así tambien los que los deshonoran y escandalizan sufrirán la última venganza. Escandaliza aquel que con un dicho ó un hecho menos recto es ocasion de ruina á cualquiera, haciéndole cometer la culpa y el pecado, y con sus palabras y ejemplos á ello lo induce ó impele. Y les avisa en primer lugar para que eviten el escándalo activo, esto es, el que se da á los otros; y después el pasivo, esto es, el propio. Con esta doctrina quiso decir el Salvador: Vosotros, discípulos míos, no alterqueis mas ni disputeis sobre la primacía del honor, porque de esta disputa puede resultar el escándalo de los pequeñuelos, no de edad, sino de fe, porque hace poco tiempo que nacieron para Jesucristo y se convirtieron á él; y si los escandalizais los perdereis para siempre. Llámense estos pequeñuelos, porque descendieron voluntariamente de la soberbia altura del mundo y se humillaron por Dios, entrando en el gremio de la fe: estos tales recientemente regenerados, son en verdad débiles y enfermizos, y de ninguna manera deben ser escandalizados, debiéndose advertir que ellos se escandalizan con mas facilidad que los que ya son robustos y fuertes.

En este sentido debe tambien entenderse lo que significó el Salvador cuando dijo: Que era dichoso aquel que daba acogida ó todos los pequeñuelos que creían en su Majestad y que procuraba afervorizarlos; y por el contrario, dijo claramente, que cualquiera que los desecha ó les da ocasion de volver atrás, con el desprecio que manifiesta de la virtud que han concebido y á que se han dedicado, será desdichado é infeliz; y que *mejor les estaria á cual-*

[1] Div. Crisostom. Hom. 59 in Math.

*quiera que así fuese escandaloso, que le ataren al cuello una rueda de molino y le arrojen al profundo del mar.* Así como la promesa primera nos atrae para que ayudemos al bien espiritual de los sencillos, así la amenaza presente nos aterra para que no les seamos ocasion de pecar. El mismo Dios, que premia largamente los beneficios hechos á los suyos, toma de su cuenta el vengar sus injurias; mucho mas las del orden espiritual, que son los escándalos, y de esto están llenas las Escrituras. Donde se ve cuán errados andan los que con gran sosiego de conciencia oprimen ó llevan entre sus piés á los pobres y desvalidos, y mas los que no reparan en ser causa de que ofendan á Dios los sencillos y humildes, por quienes sacó ahora la cara y después dió la vida Jesucristo. Mas entre todos estos parece que tira derechamente aquella amenaza del Salvador, á los que con sus palabras y persuasiones, ó de cualquiera otra suerte, corrompen los ánimos de la gente sencilla y ponen escuela de maldad, abriendo los ojos al que los tenia cerrados con el candor de su buena vida, porque no veía en su prójimo sino acciones virtuosas ó incentivos por la virtud.

*¡Ay del mundo!* añadió el Salvador, *por causa de los escándalos.* Duras son y espantosas estas expresiones de Jesús, que recaian muy particularmente sobre los doctores, sobre los sacerdotes y sobre los grandes de Jerusalem, que apartaban al pueblo de la fe del Mesías y eran comprendidos bajo el nombre de mundo. Desdichado el mundo por causa de los escándalos; y redobla su Majestad el ay, para indicar la gravedad de la ofensa, lo terrible de la maldición y lo espantoso de la condena que se echa á cuestras el que la comete, confirmandose después por el mismo dicho de Jesucristo, que *al que lo da* mas cuenta le tendria que lo ahogase violentamente en el mar. *¡Y cuántos sin pensarlo quedan comprendidos bajo el peso de este ay que muchos pronuncian, y cuya tendencia no todos conocen?* ¡Ay de los que inventan nuevas maneras de ofender á Dios y andan maquinando cómo derribarán mañana al que hoy hallaron firme en la virtud! Estos tienen particulares castigos señalados, como que todas las culpas de que son causa van á cargo de ellos, y el mismo enojo que Dios tiene por el pecado lo guarda siempre vivo contra el que lo inventó; por lo que no tardó san Agus-



tin en afirmar que Ario no tiene aun en el infierno toda la pena que ha de tener, ni la tendrá hasta que se acabe el mundo; porque hasta entonces no se sabrá todo el mal que ha causado la pésima semilla que en él dejó sembrada. ¡Ay de aquellos pérfidos hereges que, como dice san Pedro [1], "son maestros mentirosos que introducen con disimulo una secta de perdicion, que reniegan del Señor que los rescató, acarreándose á sí mismos una pronta venganza, á los que seguirán muchas gentes en sus disoluciones, por cuya causa el camino de la verdad será infamado, y usando de fingidas palabras harán tráfico de los hombres por la avaricia; mas el juicio que tiempo ha que les amenaza, va viniendo á grandes pasos y no está dormida la mano que debe perderlos!" ¡Ay de los libertinos y deslumbradores filósofos, que siendo maestros falsos inventan en el camino de Dios una nueva anchura que no nace de la caridad, sino del desahogo de las pasiones, consecuencia funesta de ese tan decantado libertinaje que con tanto desenfreno predicán y sostienen! ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

Mas á pesar de este ay, *vendrá el escándalo, porque es preciso que venga; pero infeliz y desdichado de aquel por quien viniere.* Plantó el Señor su Iglesia en un mundo atestado de malignidad, que es la cizaña que anda mezclada con el grano selecto que el gran Padre de familias plantó en este su campo. Es inevitable que haya escándalos de parte de los perversos que están siempre mal con la virtud y con los virtuosos. Pero esta profecía de Cristo, así como no pone necesidad á los malos para que lo sean, así de ningún modo disculpa á los que de sus caídas y escándalos echan las culpas á Dios y altercan con él diciendo: Que pues necesariamente deben venir aquellos, no tienen brazos para oponerse á su voluntad: contra ellos es pues contra quienes truena furiosamente Jesús cuando dice: *Mas ay de aquel hombre por quien viene el escándalo.* Este mismo lenguaje usó san Pablo, el cual aunque dijo [2] que convenia hubiese herejias en la Iglesia, tuvo buen cuidado de advertir en otro parte que los que inquietan al pueblo sencillo y ponen estorbo á los que corren para obedecer la verdad, sean los que fueren,

[1] Ep. 2.ª Div. Petri. cap. 2, vs. 1 et sqbs.

[2] Div. Paul. Ep. 1.ª ad Corinth. cap. 9, v. 19.

pasarán por muy estrecha residencia [1]; inflamándose de tal manera su ánimo cuando contemplaba la gravedad de este pecado, que su celo ponía en boca exhortaciones gravísimas para preservar de él á la Iglesia, diciendo que no era razon que los que somos hermanos en Jesucristo nos pogamos unos á otros tropiezos para dar de ojos en el pecado [2]; que sigamos todo aquello que hace á la paz y á la edificacion de los unos á los otros [3]; que nadie se tome licencia que sirva de tropiezo á los flacos; que aun en lo lícito andemos con piés de plomo, y que nos guardemos de ello si alguno se hubiese de escandalizar [4]. De suerte que mirando en todo al bien y provecho de nuestros hermanos, á nadie demos escándalo, sea judío ó idólatra, siendo en todo y á todos motivo de edificacion.

Juzgó Jesús muy prudente en esta ocasion no escasear á sus apóstolos los avisos y las comparaciones que podian avivarlos mas para que les quedasen mas impresos, y así les dijo: Hay amigos en el mundo, los cuales se juzgan tan necesarios para salir con algun intento, como son necesarias las manos al cuerpo para trabajar y los piés para caminar. Pero si tenéis un verdadero amor por vosotros mismos, es preciso romper esta amistad cuando os es estorbo para cumplir con vuestro deber; es menester cortar esta mano y arrojarla lejos de vosotros cuando os induce al mal. Pues mas vale que entreis en el reino de los cielos con una sola mano, que no teniendo las dos ser arrojados al infierno para padecer tormentos eternos, en donde el gusano que roe el alma y el cuerpo no muere jamás, y en donde nunca se apaga el fuego que abrasa á los dos. Y si vosotros debeis no hacer caso ni tener atencion alguna con estos falsos amigos, aunque su amistad os parezca tan necesaria como es una de vuestras manos cuando interviene el honor de Dios, de la misma suerte están prontos á separaros de aquellos cuya familiaridad es dañosa á vuestras almas, aunque os parezcan tan necesarios como uno de vuestros piés. No perdoneis á un pié tan dañoso que os lleve al precipicio; cortadle al punto y arrojadle de vosotros. El ma-

[1] Idem. Ep. ad Galat. cap. 5, vs. 7 et seqbs.

[2] Idem. Ep. ad Rom. cap. 14, v. 13.

[3] Id. ibid. v. 20.

[4] Ep. 1.ª ad Carinth. cap. 10, vs. 23 et 24.



yo mal que os puede suceder es quedar cojos con su falta; ¿pero cuánto mayor mal es bajar con los dos al infierno para ser atormentados allí por toda la duración de los siglos? ¿Y qué cosa más amada que uno de vuestros ojos? Con todo eso, si este con su modo libre de mirar os es causa de ofender á Dios y poner vuestras almas en manifiesto peligro de perecer, tened ánimo para echarle fuera; mal es sin duda la falta de un ojo, pero se ha de reputar por un gran bien cuando sirve para alcanzar por ese medio el cielo, en donde los bienaventurados está exentos de todo dolor y pena. Mejor os está perder esa dañosa vista, que conservarla para que os sirvan los dos de caminar mas derechos y con mayor presteza á los infiernos.

No extrañéis, discípulos míos, la dureza de estos consejos; es preciso hacerse violencia para alcanzar el reino de los cielos, y así lo es también romper y separaros de aquellos amigos cuya familiaridad y ejemplos os son causa de escándalo, dejándolos antes que os condeneis en su compañía. Yo no dudo que tendréis dificultad y os costará alguna pena en romper con esta especie de afectos, pero si quiere la ley que pasen las víctimas para el fuego y que haya sal en todos los sacrificios [1], es preciso también que los justos, como hostias vivas que se consumen en el servicio del Señor, sean probados por el fuego, y que junten á los ardores santos del divino amor la dolorosa sal de la mortificación. Esta sal prodigiosa preserva al alma de la corrupción del pecado. Mas tened entendido que la mejor sal, una vez disipada y gastada su virtud, no es á propósito para uso alguno, y no es posible restituirla á su primera virtud y fuerza. Haced pues buena provision de esta sal espiritual, y tened gran cuidado no se corrompa. Ved ahí el medio de conservaros en la paz que yo deseo reine entre vosotros, y que atraerá á vuestras almas el respeto de las demás virtudes.

Con frecuencia se servia el Salvador hablando con sus discípulos de la comparacion de la sal aplicándolas á diferentes asuntos, porque hay sales de diversas especies, y aun una misma sirve para muy distintos usos. Para los cuerpos condenados en el abismo hay la sal del fuego que jamás se apaga; para las víctimas, una sal

[1] Levit. cap. 2, v. 14.

que las consagra; para el alimento, una sal que sazona; para la conducta, una sal de sabiduría y prudencia que la dirige y santifica. De esta es la que yo os hablé bajo la figura de la sal comun cuando os decia: *Buena es la sal*; conservad en vosotros la sal de la prudencia y de la discrecion; servios de ella para evitar con precauciones prudentes lo que pueda ser para los otros ocasion de caída y de escándalo; porque si los que se escandalizan á sí mismos por no hacer una separacion dolorosa, pero necesaria, de lo que les causa su ruina, son castigados severamente y entregados al gusano que no muere, ¿cómo pensais, dice el Señor, que serán tratados los hombres, que ó no tienen reparo ó son tan soberbios, que no temen escandalizar á los pequeñuelos que creen en mí? Ninguna pena mayor, dice san Ambrosio [1], que el gusano roedor de la conciencia que siempre muere interiormente. ¿Por ventura, no ha de huirse este tormento mas que la muerte, que todos los dispendios y destierros? Ni aun tampoco el fuego del infierno que abrasa exteriormente el cuerpo se apaga ni consume, porque es un fuego alictivo y no consuntivo, y su materia durará para siempre, porque no tiene elemento contrario que lo pueda apagar ó destruir. Y el venerable Beda añade [2]: Así como el gusano es un dolor interior que siempre acusa, así el fuego es una pena exterior que siempre martiriza.

Otras consideraciones de no menos peso presentó Jesús á sus apóstoles para reencargarles el cuidado que habian de poner en no escandalizar á los pequeñuelos y el aprecio que debian hacer de ellos: *Mirad, les dijo, que no desprecieis á ninguno de estos pequeñitos que creen en mí, porque os digo que sus ángeles en los cielos siempre ven el rostro de mi Padre que allí está.* Lo que fué decirles: Los ángeles, sus tutores, á quienes ellos están encomendados, tienen su morada en el cielo, y así se presentan incessantemente ante el trono de mi Padre para darle cuenta de su administracion y conducta, y para pedirle venganza de aquellos hombres indiscretos ó soberbios que no reparan en perder con sus discursos ó con

[1] Div. Ambros. lib. 1.º Oficior. cap. 4.

[2] Ven. Bed. in cap. 9 Marci.



sus ejemplos á aquellos cuya salud está confiada á la vigilancia de los espíritus celestiales.

En todo este discurso resplandecen admirablemente las causas de la reverencia y del acatamiento con que debemos los fieles mirarnos los unos á los otros; porque no dijo Cristo que respetásemos á los unos porque son ricos, á los otros porque son sabios, y á otros porque son nobles ó privados de algun señor temporal, ó por algun otro título exterior de los que emboban y entontecen el mundo, sino porque son hijos de Dios, porque por ellos se dejó crucificar el Hijo Unigénito del Altísimo, porque el Padre celestial los tiene debajo de su amparo, y sin su potestad nadie les arrancará un solo cabello de la cabeza; y en fin, porque para su tutela y defensa tiene destinada la nobleza de su cámara celestial, los espíritus abrasados de su amor que no miran sino cómo agrardarle en todo y dar en el hito de su deseo, y que están absortos sin verse hartos de mirarle y contemplarle. Estas cosas quiere Jesucristo que miremos en nuestros hermanos; solo con que en esto le obedeciésemos, quedaban cortados en su raíz muchos males y pecados que tienen afligida á la Iglesia. Digno es de oír sobre este particular al máximo entre los doctores san Gerónimo [1]: Después, dice, que nos enseñó tambien á evitar el desprecio, como que es la raíz del mismo escándalo, y aunque para evitar este nos mandó huir todos los afectos carnales, no llegó hasta el extremo de que despreciemos aquellos de cuya salvacion podemos tener fundada esperanza y que por lo mismo debemos ser solícitos de ella; así es que nos da un motivo especial, no solo para no despreciarlos, sino para honrarlos, pues no debe el siervo despreciar aquellos á quienes tanto honra el Señor. Debemos procurar su salud, porque el Salvador procuró la de todos. San Bernardo añade [2]: Fiel el Parainfio, sabedor del amor mutuo, pero que no lo envidia, no busca su gloria, sino la de su Señor. Discorre entre Dios y el alma santa, que son el amado y la amada, y al uno ofrece votos y afectos de amor, y á la otra le lleva dones; avisa á este para que se enfervorice, aplaca á aquel para que no se enoje; y como es doméstico y conocido en el palacio de los

[1] Div. Hieronim. in cap 18 Math.

[2] Div. Bernard. Sermon 31 in Cantic.

cielos, no teme ser repelido ó espulsado cuando lleva las embajadas de una á otra parte, y siempre tiene la dicha de ver el semblante del Padre, al que incesantemente ruega por el alma que se le confió.

Por último, el discreto san Anselmo afirma que millares de millares de espíritus angélicos vuelan sin cesar desde el cielo á la tierra, discurriendo de una á otra parte como solícitas y negociadoras abejas por entre los prados y las flores, disponiendo todas las cosas con mucha suavidad y prontitud, como mensajeros en quienes no cabe engaño y que obedecen con la mas puntual obediencia [1]. Mira pues con cuánta fidelidad nos sirven nuestros ángeles, y cuán solícitos son para con nosotros. Nada hagas en su presencia que pueda disgustarles. Si la ira te incita á que vuelvas mal por mal á tu prójimo, no mires en él que es menos que tú, ó que le aventajas en la edad, ó en la autoridad, ó en la riqueza, sino párate á pensar que asestas los tiros de la venganza contra uno que tiene á Dios por padre, y á Cristo por hermano, y por tutores á los espíritus celestiales, y del cual tiene dicho el Señor: Que el que á él toca toca á la niña de sus ojos [2]. Camina en todo con cautela, porque en todas partes y en todos lugares y ocasiones, presente está tu ángel, y prestos están todos los de Dios para cumplir sus órdenes, sean de misericordia ó de justicia, y no te atrevas á obrar á la presencia de tu ángel lo que á la vista de un hombre no hicieras [3].

Mas adelante que todo esto llevó aun el Maestro divino sus instrucciones para enseñar con sus ejemplos lo que habia explicado con sus discursos y doctrinas, justificando que no solo no se habian de despreciar los pequeños, sino que se habian de buscar para atraerlos á la fe y confirmarlos en ella; pero notaron malignamente sus enemigos que su mas ordinario acompañamiento en las correñas evangélicas, además de los pobres y enfermos que no lo dejaban, se componia de publicanos y pecadores; esto, movidos del deseo del perdon de sus culpas y llenos de compuncion verdadera, venian á oír de su boca y aprender el camino de la salud eterna,

[1] Div. Anselm. in Ep. ad Hebreos.

[2] Zachar. cap 2, v 8.

[3] Div. Bernard. Sermon 12 in Ps. Qui habitat



disponiéndose de esta manera para la fe del Evangelio. Avergonzados de sus desórdenes no se avergonzaban de buscar el remedio. Jesucristo los atraía á su escuela, los recibía con caridad, los cultivaba con cuidado y tenía gusto de tenerlos en su compañía. Esta era la oveja perdida de la casa de Israel que buscaba con ansia y con fervor, y la conducía al redil.

Digna, muy digna es de mirar la conducta de Jesús bajo todos los puntos de vista; pero bajo el carácter y nombre de pastor es el modelo ejemplarísimo de todos los pastores que quería dar á su rebaño, porque parece que en nuestros días ya se han olvidado muchos de este carácter de caridad, de compasión y dulzura; por poco ó por nada se alteran y mudan las antiguas ideas de religión, y como que se tenga á mal que los discípulos se parezcan al Maestro. Un aire anstero unas modales ásperas, unas máximas extremas, el desden, el desprecio, y desgraciadamente muchas veces en público y para los que lo ven, esto es lo que los hombres suelen admirar y lo que hace á los ojos de los necios y poco instruidos en el espíritu del Evangelio grandes celadores de la ley y guías ilustrados, cuando no es mas que conformarse con el gusto de los judíos, restablecer las prácticas de los escribas é introducir las costumbres de los fariseos. ¡Oh! ¡Y quién pudiera borrar, no solo con lágrimas de sus ojos, sino con la misma sangre de sus venas, ciertas aberraciones de algunos hombres, nada propias del carácter de un verdadero pastor! El de Jesucristo, lleno de humildad, de mansedumbre y de condescendencia, ofendía con exceso á sus enemigos, cuya soberbia y dureza condenaba. Ellos pretendían que un hombre que se daba por Mesías y se levantaba á doctor de la nación, debía seguir otro método; que su única compañía debía ser la de los justos y los sabios, porque era en su concepto sobremuera indecoroso é indecente verle siempre rodeado de la gente de menos crédito y mas despreciable del pueblo. Este hombre, decían públicamente, y alguna vez en su propia presencia, muestra un gusto singular para con los pecadores, los recibe con preferencia á los demás, y elige muchas veces sus casas para comer y hospedarse. Acusacion maliciosa y terrible que ofendía altamente la mansedumbre de Jesús, su misericordia y clemencia, y lo desfiguraba á los ojos de Israel para que

no fuese reconocido por el Mesías prometido, y el Dios Redentor y Salvador de su pueblo.

Una sola palabra que Jesús hubiese hablado, hubiera sido mas que suficiente para confundir la orgullosa soberbia de sus injustos detractores; pudiera muy bien haberles dicho que en ella tenían un pecado mucho mas difícil de curar que los que reprendían en los publicanos; y aunque de cuando en cuando el interés, de la verdad le obligaba á confundirlos por este mismo lado, en esta ocasion quiso ceñirse á sola la acusacion, considerada en su punto de vista mas culminante y esencial. Supone en su pueblo cierto número de hombres fieles, observantes de la ley de Moisés en cuanto á sus preceptos naturales y en cuanto á sus legales observancias; gente virtuosa é inocente en su estado en cuanto pueden serlo con el socorro del cielo las criaturas flacas y frágiles de la tierra. Miraba por otra parte una multitud de pecadores que sin faltar á la fe en medio de sus hábitos viciosos, se dejaban dominar de sus pasiones. Se dejaba ver y se representaba en sí mismo como enviado á los unos y á los otros, como un ministro destinado á preparar todos los corazones al Evangelio. Pero en el ejercicio de su ministerio manifestaba preferir los pecadores á los justos. Esto es lo que le echaban en cara, y hácia esta parte conviene precisamente considerar su apología. Esta se reduce á algunas parábolas sencillas pero eficaces que propuso á unos hombres críticos y maliciosos, que de la grandeza de sus misericordias tomaban ocasion para censurarlos.

Tres cosas hay que muy particularmente inducen al hombre á que tenga misericordia y compasión de su prójimo, y son *la simplicidad, el parentesco y la necesidad*; y estas tres inducen tambien á Dios á que use de misericordia con nosotros. La primera, que es nuestra simplicidad, está representada en la parábola de la oveja descarriada, porque el hombre es muy sencillo y simple respeto del enemigo tan astuto y sagaz que tiene, que es el diablo, por cuya razon clamaba David y decia [1]: *Erré, Señor, como la oveja que se descaminó; busca pues á tu siervo que no se ha olvidado aun de cumplir tus preceptos*. La segunda, que es el parentesco que

[1] Ps. 138. v.



tenemos con Jesucristo, está simbolizada en la segunda parábola, que es la dracma perdida, porque en la dracma está el busto del rey y la inscripción de su nombre; así el hombre, que es formado á imagen y semejanza de Dios, tiene la inscripción de Cristo, porque de Cristo se llama cristiano, por cuya razón tiene también compasión de nosotros, porque según el dicho del apóstol, *nadie tiene odio á su propia carne* [1]. Y la tercera es nuestra necesidad y pobreza representada en el hijo pródigo que vuelve á la casa de su padre, acordándose que en ella hay muchos criados que comen pan, mientras él perece de hambre en una tierra extraña. De cuyas tres misteriosas y significativas parábolas se vale Jesús para condenar la maligna perfidia de los fariseos, que orgullosos y envidiosos de los aplausos que justamente Jesucristo recibía del pueblo, porque ejercitaba con él la misericordia y la compasión; y mas ignorantes aun de los caminos de Dios, creyendo que la santidad consiste en no tratar nunca á los pecadores ni acercarse á ellos, no podían sufrir la benévola acogida que todos hallaban en Jesús, y así les dijo: ¿Quién hay entre vosotros que teniendo algún rebaño de cien ovejas, perdida una de ellas, no dejó las noventa y nueve solas en la campiña por buscar solícito aquella sola que ha perdido? ¿Y después de hallada, quién será el que no muestre tal alegría, que cargándola sobre sus espaldas la lleve como en triunfo á su casa, convide á sus vecinos para que le den el parabien y se alegren con él de haber encontrado la oveja que ya lloraba como perdida? Este exceso de alegría no solamente no es reprehensible, sino laudable en un pastor que ama tiernamente su ganado.

De esta parábola sacó luego el divino Maestro una consecuencia que hizo estremecer á los escribas y fariseos, porque justificó desde luego su conducta con respecto á la benignidad que usaba con los pecadores. Ved ahí, les dijo, un retrato de vuestro Padre celestial. Ved ahí una imagen de lo que pasa en el cielo en la conversión de un pecador. Es una nueva alegría para toda la corte del reino de la gloria cuando un hombre perdido por los caminos de la maldad se vuelve á la penitencia. Alegría mucho mas gran-

[1] Div. Paul. Ep. ad Ephesios. cap. 5, v. 29.

de mucho mas viva que la que causa la perseverancia en el bien de noventa y nueve justos que no habiéndose apartado de la fe no tienen necesidad de penitencia. De donde se sigue que quien trabaja la conversión de los pecadores, lejos de ser profano y pecador como ellos, hace una obra muy grata á los ojos de Dios y de los ángeles; por lo que dijo Orígenes [1]: Nosotros damos ocasión de gozo á los ángeles en el cielo, cuando caminando sobre la tierra y apartando á los pecadores del pecado, inclinándolos á la penitencia, tenemos también nuestra conversacion en los cielos.

Este modelo de caridad que propone el buen pastor á los mayores de su rebaño, es una ley estrechísima que no les consiente abandonar las ovejas luego que se desvian del buen camino. Para este caso son los nuevos desvelos; la mayor solicitud, el mas tierno amor, el andar en su busca sin cansarse ni dar sueño á sus ojos hasta volverlas al redil. Trastorna el orden de las obligaciones pastorales y se desentiende del ejemplo de Cristo al pastor que se dedica enteramente á dirigir almas que sirven á Dios, cuya direccion es suave y fácil, huyendo de las perdidas, cuya conversión y guia cuesta mayor desvelo y trabajo, y gemidos y lágrimas. Pocos pastores piensan la estrecha obligacion que tienen en ciertos casos de huir de las personas que los buscan y les muestran apego no necesario para poder correr tras los que huyen de ellos, y cuya perdicion será imputada á su desidia, ó al desorden de su caridad, ó á la indiscrecion de su celo. El buen pastor extiende la penitencia propia á los pecados ajenos; no tiene por carga las almas que lleva á Dios, porque nada es gravoso á la caridad ni hay cosa dura ó áspera para quien ama á las almas por Dios y sabe lo que por él y por todos hizo y padeció Jesucristo. Grande, sí, no hay duda, muy grande debe ser el gozo que hay en el cielo por un pecador que hace penitencia.

Pasa inmediatamente el Salvador á proponerles otra parábola, casi sin darles tiempo de reflexionar sobre la primera. Figuraos, les dijo, una pobre mujer, que teniendo alzadas diez dracmas pierde una de ellas porque se estravia del lugar donde las tenia coloca-

[1] Origen. in Luc.